

Laúd memorioso del Caribe

Como llama que se eleva. Antología de mujeres poetas del Caribe colombiano

HERNÁN VARGASCARREÑO

(compilación)

Ediciones Exilio, Bogotá, 2017, 490 pp.

LA NOVEDAD de esta antología radica en que es la primera vez que se convoca a 26 mujeres poetas vivas, de seis departamentos del Caribe colombiano. Cada una de ellas comparte en 16 páginas su versión del mundo. No hay acá distinciones, ni consideraciones especiales; resalta la igualdad y el respeto, tanto para las poetas inéditas como para las más experimentadas. Contraviniendo la usual manera de las antologías — desde el mayor hasta el de menor edad —, las poetas aparecen en orden alfabético. En la breve presentación, Vargascarreño señala que es una antología autogestionada y que, en consenso entre todas las voces incluidas, decidieron escoger como faro y homenaje un verso de Olga Isabel Chams Eljach (1922-2009), más conocida como Meira Delmar, para el título del libro. *Como llama que se eleva* convoca poetas nacidas desde la década de los cincuenta hasta los ochenta del siglo XX.

En primera instancia, uno de los aspectos que de seguro desconciertan a los estudiosos y teóricos de la poesía colombiana es la gran cantidad de nombres desconocidos que pueblan esta antología del Caribe. Sin lugar a dudas, es una bofetada sutil a nuestro *capitalcentrismo*, si se tiene en cuenta que la mayoría de las antologías de poesía nacionales están congestionadas de poetas mujeres u hombres nacidos en Bogotá, Medellín y Cali, y sus alrededores. *Como llama que se eleva*, a mi juicio, abre una veta rica en calidad y vigor para que los futuros investigadores de la poesía colombiana comiencen a desenvolver el mapa de una forma más democrática. La antología es una invitación convincente a levantarse de los escritorios de las academias y viajar por nuestro territorio. Es imposible que sigamos hablando de antologías nacionales de poesía colombiana cuando no aparecen poetas de origen afrocolombiano, indígena,

árabe, europeo y mestizo, por decirlo de alguna forma.

Son múltiples los temas y los matices abordados por las poetas antologadas. En general, aparece el deseo y el amor como celebración. Angélica Santamaría (Sincelejo, 1974) dice: “Hay lluvia / y es la lluvia un retazo de esta sed / una gota de augurios sellados en los labios / cuando tu dedo en mi boca dibujó el deseo” (p. 18). De Annabell Manjarrés Freyle (Santa Marta, 1985), un ejemplo de la soledad como materia prima de la condición humana: “Tender la cama, en todo caso, / será como vestir el nombre / de quien a solas recibe tu cuerpo” (p. 51). Llama la atención la reivindicación y el destino de la mujer frente al acto de escribir. Ana Francisca Rodas Iglesias (Puerto Mosquito, Cesar, 1968), con una poesía visceral y potente en imágenes, dice: “Todo está escrito en mí: / mi naufragio, / mi herida, / el ramo de besos que he negado / y la palabra —Nunca—” (p. 32).

La visión crítica frente al deterioro social, moral y espiritual de la patria no se oculta. Beatriz Vanegas Athías (Majagual, Sucre, 1970), quien estudió durante su maestría un libro cardinal sobre la violencia en Colombia — *El canto de las moscas*, de María Mercedes Carranza —, expresa en uno de sus poemas más concisos: “Ahora mi patria es tu cuerpo. / Luce vano el trono / del rey de las miserias (...). País de cuervos ahitos / y de lágrimas prohibidas. / Ahora mi patria es tu cuerpo” (p. 71). Carmen Peña Visbal (Barranquilla, 1957), incluida además en la antología *Siete poetas. Sueños de un país en paz y sin minas antipersonal*, dice en ese mismo camino espinoso de un país que no saca la cabeza del pozo: “Podemos darnos / por vencidos. / Nada importa / rendirse en silencio, / si los tambores / de la venganza / resuenan a lo lejos” (p. 101). Kenia Martínez Gómez (Cereté, 1981), en su libro inédito *El evangelio del miedo*, con ayuda del exigente género de la poesía en prosa, desenmascara los rostros del miedo, uno de los cofrades que más nos deterioran en la violencia que vive Colombia:

El miedo se puede oler. Tú te acercas a las ventanas a las puertas y se cuela, te recorre todo el cuerpo y como un olor se te mete por la

piel. El miedo nos enseña a ver en la oscuridad, a acechar como los gatos, a respirar en silencio. Esta noche ha llegado el miedo, se siente cómo husmea entre la ropa. Todos esperamos a que algo lo quiebre, que rompa su costilla derecha un golpe o un suceso trágico, pero solo las voces de los geckos rompen el silencio. Estas líneas son las únicas palabras que lo desafían. (p. 227)

La naturaleza es, en estas voces del Caribe, una columna central en dos sentidos: como tema en tentativa de descifrar la condición humana, y como un manantial de símbolos e imágenes que alcanza en los sentidos un grado de voluptuosidad y sensualidad que es muy extraño encontrar en poetas nacidos en las grandes ciudades. La naturaleza tiene una presencia vital en la sensibilidad del Caribe: nombres de árboles, piedras, ríos, sabanas, alimentos, pájaros, elevan la poesía a posibilidades lingüísticas inéditas, atractivas al oído y, curiosamente, al olfato y al gusto, dos canales difícilísimos de transitar en la poesía. En ese horizonte, encontramos antecedentes próximos en la poesía telúrica de Héctor Rojas Herazo, o en el verso solar de Raúl Gómez Jattin, o en el reino encantado de Giovanni Quessep.

En *Como llama que se eleva*, atrae la atención el verso —untado del lenguaje del paisaje— de una de las poetas más visibilizadas del Caribe y del país, Tallulah Flores Prieto (Barranquilla, 1957), quien en uno de sus mejores poemas, “Puerto Colombia”, da fe de la feroz muerte que azota a aquella zona, y lo hace con un lenguaje preciso y sugestivo: “Todo allí se traga el polvo de los muertos. / Incluso el mar / visitado los domingos / cualquier día se desgarran en un volcán de luz / que grita hacia las doce / compitiendo con la risa miserable de los niños” (p. 447). Pero también revela esa atmósfera soterrada, alcalina y embotada del trópico: “Las aves encierran el paisaje, / dialogan en secreto, giran libres / y se apoyan locas en el aire / con un grito que resuena todavía / en cada pie descalzo, / en cada remo, / en cada red que se aproxima” (p. 448).

En esta muestra de la poesía del Caribe colombiano, agrada encontrar el amalgamamiento armonioso y de

